De la autora de
EL PRÓXIMO AÑO EN LA HABANA

Chanel Cleeton

CUANDO SALÍ *de* CUBA

Traducción:
Álvaro Abella

EMBOLSILLO

PRÓLOGO

26 de noviembre de 2016
Palm Beach

Llega poco después de la medianoche, al final de la velada, esas horas mágicas y con encanto. Está envuelta y en una elegante cesta adornada con un exagerado lazo rojo. La entrega un hombre serio de traje anodino que se marcha de la dirección señorial de Palm Beach tan rápido como ha llegado, a bordo de un Rolls plateado propiedad de uno de los residentes más notorios de la isla.

La mujer recoge la cesta. Su noche estaba a punto de concluir justo antes de ponerse a desenvolver el contenido del paquete al abrigo del salón decorado con colores vivos. Cuando unas palabras familiares en francés la saludan, empieza a comprender.

Una lágrima le resbala por la mejilla.

El celofán del envoltorio le cruje en la palma de la mano; el cristal es un bálsamo refrescante contra su piel, como si lo hubieran puesto a enfriar y llevase todos esos años esperándola. Saca la botella de la cesta y se dirige con el champán al bar del salón. Los dedos repletos de joyas tiemblan sobre el precinto en busca del tapón.

El desafiante estallido del corcho rompe el silencio de la noche. A pesar de lo tarde que es, se trata de una ocasión

demasiado importante como para dejarla pasar. Su paz pronto se verá interrumpida por otros sonidos: el timbre del teléfono, la conversación con amigos y familia, una especie de celebración tras una guerra interminable. Pero, de momento, está esto…

El champán le estalla en la lengua. Es el sabor de la victoria y la derrota, del amor y la pérdida, de noches de fiesta y decadencia en La Habana y días en el exilio de Palm Beach. Levanta la copa en un brindis silencioso. La visión de su mano, que ya no es la de una mujer joven, sino que está algo más curtida, sigue sorprendiéndola. Las arrugas, que no podrá borrar por muchas visitas que haga al cirujano plástico, son una sutil burla del tiempo, el ladrón más cruel de todos.

¿Cuándo se había hecho tan mayor?

La cesta no lleva ninguna nota, pero no la necesita. ¿Qué otra persona le podría enviar un regalo como ese, caro, emotivo, perfecto para ella?

Nadie más que él.

1

Enero de 1960
Palm Beach

Coleccionar propuestas de matrimonio es algo así como cosechar extravagancias. Tener una es algo absolutamente indispensable para que te admiren en la alta —o no tan alta— sociedad; dos te aseguran ser la más codiciada en las fiestas; tres añaden una pizca de misterio; cuatro son un escándalo y cinco…, bueno, cinco te convierten en una leyenda.

Agacho la cabeza para mirar al hombre —¿cómo se llamaba?— que está haciendo el ridículo con la rodilla hincada ante mí en un equilibrio precario debido a un exceso de champán e insensatez. Es un primo segundo del venerable clan de los Preston, emparentado con un exvicepresidente y primo de un senador de los Estados Unidos en la legislatura actual. Su esmoquin es elegante y su fortuna quizá algo modesta, pero optimista ante la perspectiva de la generosa herencia de una tía fallecida. Tiene el mentón retraído, fruto de demasiados matrimonios entre Prestons.

Andrew. O tal vez Albert. ¿Adam?

Nos hemos visto varias veces en fiestas como esta, en Palm Beach, festejos en los que en el pasado yo era la reina de La Habana, y a los que ahora para ser admitida me veo obligada a arrastrarme y agachar la cabeza. Seguramente

podría acabar con algo peor que un primo segundo de la realeza americana. A fin de cuentas, los mendigos no pueden elegir, y los exiliados, menos. Lo más prudente sería aceptar su propuesta —la quinta de mi feliz cuenta— y seguir los pasos de mi hermana Elisa hacia el sacramento del sagrado matrimonio.

Pero ¿qué tiene eso de divertido?

Las murmuraciones rozan mi vestido al pasar. Mi nombre, Beatriz Pérez, en sus labios. Noto en la espalda el peso de las miradas curiosas. Las palabras se arrastran hasta mí, trepan por mi falda, me arrancan las joyas falsas del cuello y las arrojan al suelo.

«Mírala.»

«¡Arrogante! Como toda su familia. Alguien debería decirles que esto no es Cuba.»

«Esas caderas. Ese vestido.»

«¿No lo habían perdido todo? Fidel Castro nacionalizó todas las plantaciones de azúcar que tenía el padre.»

«¿Es que no tiene vergüenza?»

Mi sonrisa brilla, más reluciente que las joyas falsas del cuello e igual de sincera. Observo a la multitud y paso de Alexander, que de rodillas parece un grumete mareado; recorro con la mirada a la guardia de Palm Beach, que me lanza puñales, para terminar en mis hermanas Isabel y Elisa, en un rincón con copas de champán en la mano. Al verlas recuerdo que no debo humillarme ante nada ni nadie, y me envalentono.

Me dirijo a Alistair:

—Gracias, pero no puedo aceptar.

Uso un tono jovial, como si todo aquello no fuera más que una broma de borrachos, como deseo que sea. La gente no va por ahí enamorándose y pidiendo manos a la primera de cambio, ¿verdad? Seguro que eso es… inapropiado.

El pobre Arthur parece sorprendido por mi respuesta.

Quizá al final esto no sea una broma.

Se recupera poco a poco. La misma sonrisa relajada que tenía instantes antes de arrodillarse regresa vengativa a su rostro, que recobra lo que es probable que sea su gesto natural: el de alguien permanentemente satisfecho consigo mismo y con el mundo que habita. Toma mi mano extendida con su palma sudorosa y se incorpora con un balanceo inestable. De los labios se le escapa un gruñido.

Entorna los ojos cuando estamos a la misma altura, o casi a la misma, al menos, gracias a los centímetros de más que me proporcionan los tacones que me ha prestado mi hermana Isabel.

El brillo en los ojos de Alec me recuerda a los de un niño privado de su juguete preferido, y que te lo hará pagar más adelante con una rabieta bastante efectiva.

—Déjame adivinar. ¿Dejaste a alguien en Cuba?

Su tono es lo bastante hiriente como para desgarrarme la piel.

Recupero mi sonrisa de diamantes, pulida desde pequeñita por mi madre y muy útil en situaciones como esa, con las comisuras afiladas y crispadas para avisar al receptor de los peligros de acercarse demasiado.

Yo también muerdo.

—Algo así —miento.

Ahora que uno de los suyos vuelve a estar de pie y ya no se postra ante la intrusa a la que se han visto obligados a tolerar esa temporada social, la multitud aparta su atención de nosotros con un resoplido, un suspiro y un frenesí de vestidos hechos a medida. Poseemos justo el dinero y la influencia suficientes —el azúcar es casi tan lucrativo en América como en Cuba— para que no puedan permitirse cortar con nosotros del todo, aunque no lo bastante como

para evitar que nos devoren como una elegante manada de lobos al acecho de carne roja. Fidel Castro nos ha convertido a todos en mendigos y, solo por eso, le atravesaría el corazón con un cuchillo.

De repente siento que las paredes están demasiado juntas; las luces en la sala de baile, demasiado relucientes; mi corpiño, demasiado apretado.

Hace casi un año desde que salimos de Cuba para lo que se suponía iban a ser unos meses, hasta que el mundo se diese cuenta de lo que Castro le había hecho a nuestra isla. América nos acogió con los brazos abiertos, o casi.

Estoy rodeada de gente que no me quiere aquí, aunque oculten su desprecio bajo una sonrisa cortés y una simpatía fingida. Me miran por encima del hombro, con sus narices de patricios, porque mi familia no lleva en Estados Unidos desde la fundación del país, ni llegó en barco desde Inglaterra o tonterías por el estilo. Mis rasgos son un pelín demasiado oscuros, mi acento un pelín demasiado extranjero, mi religión un pelín demasiado católica, mi apellido un pelín demasiado cubano.

De pronto una anciana que comparte el color y los rasgos de Anderson se nos acerca y me clava una mirada hiriente diseñada para bajarme los humos. Desaparece envuelta en una nube de Givenchy y vuelvo a estar a solas.

Si por mí fuera, no acudiríamos a este tipo de fiestas —a excepción de esta—, ni intentaríamos congeniar con la alta sociedad de Palm Beach. Pero lo que yo quiera no cuenta. Lo hago por mi madre y mis hermanas, y por la necesidad de mi padre de extender su imperio comercial mediante los contactos sociales. Para que nadie tenga el poder de destruirnos de nuevo.

Y, por supuesto, lo hago por Alejandro.

Recojo el borde de mi vestido con la mano, con cuidado de no rasgar la delicada tela, y me dirijo a uno de los balcones de la sala.

Atravieso las puertas abiertas y accedo a una terraza de piedra. La brisa me levanta la falda del vestido. Hace un poco de fresco, el cielo está despejado y las estrellas brillan junto a una luna llena. El mar es un leve rugido en la lejanía. Es el sonido de mi infancia y mi juventud, que me llama como un canto de sirena. Cierro los ojos, me pellizco e imagino que estoy en otro balcón, en otro país, en otra época. ¿Qué pasaría si ahora me dirigiera hacia las aguas, si abandonara la fiesta, me quitara los incómodos zapatos y removiera la arena con los dedos de los pies mientras el mar me rodea los tobillos?

Una lágrima me resbala por la mejilla. Jamás imaginé que fuera posible echar tanto de menos un lugar.

Me froto la piel húmeda con el dorso de la mano y dirijo la mirada al extremo del balcón, hacia las palmeras que se mecen a lo lejos.

Hay alguien apoyado en la balaustrada, con medio cuerpo envuelto en la oscuridad y el resto iluminado por un rayo de luz de luna.

Es alto. Pelo rubio, tirando a pelirrojo en realidad. Descansa los brazos en la barandilla. Las espaldas anchas estiran su esmoquin entallado.

Retrocedo y él se gira…

Me quedo helada.

¡Oh!

¡Oh!

Cuando la gente lleva toda la vida diciéndote que eres guapa suele suceder que, cuanto más lo escuchas, menos importancia le das. Y es que, ¿qué significa «ser guapa»? ¿Que tus rasgos presentan una forma que a alguien, en algún lugar

y de modo arbitrario, se le ocurrió que resultaba agradable? «Guapa» casi nunca va acompañado de las otras cosas que podrías ser: inteligente, interesante, valiente. Pero, aun así…

Ese hombre es guapo. Escandalosamente guapo.

Parece como si lo hubieran pintado a trazos gruesos, el rostro inmortalizado por los toques y giros vigorosos del pincel del artista, como un dios bajado a la tierra para inmiscuirse en los asuntos de los simples mortales.

Irritantemente guapo.

Parece el tipo de hombre que nunca ha tenido que preocuparse por si tendrá un techo sobre la cabeza, ni temido que su padre muera en una celda junto a otros ocho presos, ni huido de la única vida que ha conocido. No, parece el tipo de hombre al que le dicen que es perfecto desde el momento en que se despierta por la mañana hasta el instante en que su cabeza se posa sobre la almohada por la noche.

Se ha fijado en mí, también.

Chico de Oro se apoya en la barandilla y cruza los fuertes brazos sobre el pecho. Su mirada arranca en la punta de mi cabeza, en ese peinado que nos ha tenido enfrascadas a Isabel y a mí durante una hora mientras maldecíamos la falta de una criada que nos ayudase. Recorre mi pelo negro, atraviesa de arriba abajo mi rostro y desciende hacia al escote que enseña el corte bajo de mi vestido, junto a las joyas falsas y chabacanas que de pronto me hacen sentir barata —como si pudiera ver que soy una impostora—, para finalizar en la cintura y las caderas.

Retrocedo otro paso.

—¿Debería llamarte prima?

Sus palabras me detienen en seco y me sostienen con la firmeza de una mano posada en la cintura, como si fuera el tipo de hombre acostumbrado a doblegar a los demás a su voluntad con poco esfuerzo, cuando no ninguno.

Detesto a esos hombres.

Como ya he aprendido, su voz suena a lo que en este país significa dinero: delicada, nítida, sin ningún atisbo de acento extranjero, o cuando menos de los malos. Un tono de voz seguro y consciente de que cada palabra será saboreada.

Arqueo las cejas.

—¿Disculpe?

Se aparta de la barandilla y sus largas piernas recorren la distancia que nos separa. Se detiene cuando está tan cerca que tengo que alzar la barbilla para mirarlo a los ojos.

Tiene los ojos azules, del color de las aguas profundas en el Malecón.

Sin romper el contacto visual, estira un brazo y su pulgar me recorre el dedo anular desnudo. El roce es electrizante y me despierta del bodrio de fiesta de la que me he cansado hace horas. Tuerce la boca con una sonrisa y se le forman unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos. ¡Qué alegría ver que hasta los dioses tienen defectos!

—Andrew es mi primo —me ofrece a modo de explicación, con un tono algo burlón.

He comprobado que la mayoría de los ricos que todavía son ricos de verdad consiguen alcanzar ese tono, aunque añadir un pelín más de hilaridad resultaría algo demasiado torpe.

«Andrew.» La quinta propuesta de matrimonio ya tiene nombre. Y el hombre que tengo delante es probable que posea un apellido prestigioso. ¿Será un Preston o simplemente estará emparentado con alguno, como Andrew?

—Estábamos todos conteniendo la respiración a la espera de ver qué decías —comenta.

Otra vez esa leve jocosidad, una especie de arma cuando está bien afilada. Posee ese aire de superioridad que todos

parecen tener aquí, pero me da la sensación de que se ríe conmigo y no de mí, lo cual es una novedad agradable.

Le honro con una sonrisa un poco limada en los bordes.

—Tu primo sabe elegir el momento oportuno y parece evidente que le gusta llamar la atención de la multitud.

—Por no mencionar su excelente gusto —replica Chico de Oro con suavidad, mucha suavidad, y responde a mi sonrisa con otra, marca de la casa, más reluciente todavía que la anterior.

Si ya era guapo, esto es sencillamente increíble.

—Cierto —acepto.

En los últimos tiempos no gasto demasiada falsa modestia. Si tú no vas a defenderte, ¿quién lo hará?

Se inclina un poco más hacia mí, como para compartir un secreto.

—No me extraña que los tengas a todos loquitos.

—¿Quién? ¿Yo?

Se ríe por lo bajo, un sonido débil, seductor, como el primer sorbo de ron enroscándose en el estómago.

—Sabes el efecto que produces. Te he visto en el salón de baile.

¿Cómo he podido no fijarme en él? No es de los que pasan desapercibidos entre el gentío.

—¿Y qué has visto? —pregunto, envalentonada por el hecho de que todavía no ha apartado la mirada.

—A ti.

Se me acelera el pulso.

—Solo a ti. —Su voz apenas es audible entre el sonido del mar y el viento.

—Pues yo no te he visto. —Mi voz suena ronca, como si perteneciese a otra persona, alguien pasmado ante esta situación.

Yo tampoco he apartado la mirada de él.

Agranda un poco los ojos y un hoyuelo le perfora la mejilla, otra imperfección que guardar, aunque añada más carácter que defecto.

—Seguro que sabes cómo hacer que un chico se sienta especial.

Cierro los puños para evitar caer en la tentación, para resistirme a estirar el brazo y posarle la mano en la mejilla.

—Sospecho que a ti mucha gente te hace sentir especial.

Esa sonrisa otra vez.

—Lo hacen —admite.

Me muevo un poco hasta colocarme a su lado, hombro con hombro, y ambos contemplamos el cielo iluminado por la luna.

Me mira de soslayo.

—Imagino que es cierto, entonces.

—¿El qué es cierto?

—Dicen que en La Habana eras como una reina.

—En La Habana no hay reinas. Solo un tirano que quiere ser rey.

—¿Debo tomármelo como que no te caen muy bien los revolucionarios?

—Depende de a qué revolucionarios te refieras. Algunos fueron útiles. Fidel y los suyos no son más que unos buitres dándose un festín con la carroña en que se ha convertido Cuba. —Avanzo un paso, apartándome de él para que la falda larga de mi vestido se roce con los pantalones de su elegante esmoquin. Lo siento a mi espalda, su aliento en mi nuca, pero no me giro para mirar—. Había que deponer al presidente Batista. En eso, tuvieron éxito. Ojalá pudiéramos librarnos ahora de los vencedores.

Me giro para mirarlo a la cara.

Su mirada se ha afilado, pasando de un brillo indolente a algo mucho más interesado.

—Y sustituirlos ¿por quién, exactamente?

—Un líder que se preocupe por los cubanos y por su futuro. Que esté dispuesto a liberar a la isla del yugo americano.

Me importa poco que él sea americano; yo no lo soy y no tengo ninguna intención de fingir serlo.

—Un líder que reduzca la influencia del azúcar —añado, unas palabras que difieren de la posición de mi familia. A pesar de la fortuna que nos ha dado, es imposible negar el efecto destructivo de la industria azucarera en la isla, por mucho que nuestro padre lo intente—. Uno que nos traiga libertad y una verdadera democracia.

Guarda silencio, su mirada de nuevo evaluadora, y no estoy segura de si es a causa del viento o de su aliento en mi cuello, pero se me pone la piel de gallina.

—Eres una mujer peligrosa, Beatriz Pérez.

Tuerzo los labios. Ladeo la cabeza para estudiarlo mientras intento desesperadamente resistir el leve cosquilleo de placer que me produce la frase «mujer peligrosa» y el hecho de que conozca mi nombre.

—Peligrosa, ¿para quién? —me burlo.

No responde, pero, una vez más, no tiene que hacerlo.

Otra sonrisa. Otro hoyuelo en las mejillas.

—Apuesto a que has dejado un reguero de corazones rotos a tu paso.

Me encojo de hombros y me doy cuenta de que su mirada se ve atraída por mi hombro desnudo.

—Tres o cuatro propuestas de matrimonio, tal vez.

—¿Vástagos del ron y barones del azúcar, o barbudos luchadores por la libertad de melena revuelta?

—Digamos que mis gustos son variados. Una vez besé al Che Guevara.

No sabría decir quién está más sorprendido por este anuncio. No sé por qué lo he dicho, por qué comparto con

un completo desconocido un secreto que ni siquiera mi familia conoce. Para sorprenderlo, tal vez; estos americanos se escandalizan con mucha facilidad. Para advertirle de que no soy una tímida jovencita que se presenta en sociedad. He hecho y visto cosas que no puede imaginar. Y también, quizá, porque me siento poderosa pensando en hasta dónde fui capaz de llegar en un intento fallido de que soltaran a mi padre de aquel infierno que era La Cabaña, la cárcel de Guevara. Sirve para una buena historia, aunque por dentro me avergüenzo de aquella jovencita cuya soberbia le hizo pensar que un beso podría salvar una vida.

—¿Lo disfrutaste? —El gesto de Chico de Oro es inescrutable, se ha colocado una máscara inteligente y eficaz. No puedo decir si está escandalizado o si le doy lástima. Prefiero el escarnio de la sociedad a su compasión.

—¿El beso?

Asiente.

—Hubiera preferido cortarle el cuello.

En su favor, cabe decir que no se inmuta ante mi sanguinaria respuesta.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Me sorprendo, y tal vez a él también, al optar por la verdad en lugar del embuste.

—Porque estaba cansada de que me pasaran cosas, y quería ser yo quien hiciese que estas pasaran. Porque estaba intentando salvar la vida de alguien.

—¿Y lo conseguiste?

El sabor de la derrota me llena la boca de ceniza.

—Esa vez, sí.

La sensación de poder llega acompañada de otra emoción, el recuerdo de la otra vida que no pude salvar, el frenazo de un coche al detenerse ante el enorme portón de

nuestra casa, la puerta que se abre, el cadáver todavía caliente de mi hermano gemelo que cae al suelo, la sangre que mancha las escaleras en las que jugábamos de niños, su cabeza en mi regazo mientras lloro.

—¿Las cosas están tan mal como cuenta todo el mundo? —Su tono adquiere una dulzura que casi no puedo soportar.

—Peor.

—No me lo puedo imaginar.

—No, no puedes. No tienes ni idea de lo afortunado que eres por haber nacido en esta época y en este lugar. Sin libertad, no tienes nada.

—¿Y qué le dirías a un hombre al que solo le quedan unos pocos minutos de libertad?

—Que corra —respondo con tono irónico.

El fantasma de una sonrisa le atraviesa el rostro, pero resulta evidente que no me compra lo que le cuento, y me gusta que sea así, que sea capaz de ver más allá de la fachada.

—Que saboree los últimos minutos que le quedan —corrijo mi respuesta.

Quiero preguntarle cómo se llama, pero el orgullo me hace contenerme. El orgullo, y el miedo.

En este momento, no hay cabida para ciertos lujos en mi vida.

Parpadeo, solo para que me ofrezca una palma extendida, esperando a que la mía se le una.

—¿Bailas conmigo?

Trago saliva, con la boca seca de repente. Ladeo la cabeza y lo observo mientras finjo que mi corazón no late atronador en mi pecho, que mi mano no anhela tomar la suya.

—¿Por qué suena más a reto que a una invitación?

La música es un leve murmullo de fondo en la noche, las notas se cuelan en el balcón vacío.

—¿Me concedes este baile, Beatriz Pérez, besadora de revolucionarios y ladrona de corazones?

Se pasa de zalamero, y me encanta que sea así.

Muevo la cabeza con una sonrisa juguetona en los labios.

—Yo no he dicho nada de robar corazones.

Responde a mi sonrisa con una de las suyas, espectacular, y la descarga me sacude.

—No. Lo digo yo.

¿En serio tengo alguna oportunidad?

Avanza un paso, reduciendo aún más el espacio que nos separa. Su colonia inunda mi nariz, mis ojos quedan a la altura del blanco inmaculado de la pechera de su camisa. Me posa una mano en la cintura y siento el calor de su palma a través de la fina tela del vestido. Toma mi mano con la que tiene libre y nuestros dedos se entrelazan.

El corazón me da un vuelco en el pecho mientras sigo sus pasos. Como era de esperar, es un bailarín nato y confiado.

No hablamos, pero, una vez más, teniendo en cuenta la conversación que mantienen nuestros cuerpos —el roce de la tela, el contacto de extremidades, los toques fugaces que se graban en la piel—, las palabras parecen superfluas y mucho menos íntimas.

Lo bueno de coleccionar propuestas de matrimonio es que la gente asume que eres una ligona, y puede que lo haya sido, hace mucho, pero ahora me resulta forzado el coqueteo. Estoy en algún punto entre la chica que fui y la mujer que quiero ser.

La canción termina y empieza otra demasiado rápido, nuestro baile se prolonga hacia la eternidad al mismo tiempo que termina en un abrir y cerrar de ojos. Me suelta con un sutil movimiento de hombros, el aire fresco corre entre nosotros, mis dedos echan de menos estar en contacto con los suyos, el *shock* de su ausencia es demasiado agudo.

Le miro a los ojos y me preparo para el ataque de flirteo que presumiblemente se avecina, la invitación a comer o cenar, los cumplidos sobre mi forma de bailar, el calor en su mirada. Ahora mismo no estoy para enredos románticos, aunque me imagino que me gustaría bastante enredarme con este hombre.

—Gracias por el baile —dice con una sonrisa.

Contemplo cómo se aleja, convencida de que se dará la vuelta para mirarme.

No lo hace.

La sorpresa me invade mientras él desaparece en el salón, en ese mundo al que por supuesto pertenece. Pasan unos minutos antes de que me sienta lista para volver al interior, al brillo de las lámparas de araña y al centelleo afilado en la mirada de los otros invitados.

Atravieso la puerta del balcón. Isabel está en un lateral; no se ve a Elisa por ninguna parte.

—Se ha ido a casa. No se sentía bien —responde Isabel cuando le pregunto dónde está nuestra hermana.

Un camarero se nos acerca con una bandeja de copas de champán en la mano. Más camareros por la sala ofrecen lo mismo a otros invitados, un murmullo recorre la fiesta, susurros escondidos tras manos ahuecadas, nombres que circulan en boca de todos, la calma antes de que estalle un escándalo.

Curiosa por el cotilleo que todos parecen estar compartiendo, ojeo la multitud en busca de Chico de Oro, en busca de…

Está junto a la orquesta, al fondo de la sala, con un matrimonio mayor y una mujer.

¡Oh!

¡Oh!

No sirve de nada diseccionar los defectos de la mujer, porque me temo que sería una tarea inútil que no me haría

ningún favor. Está más claro que el agua que su familia llegó en un gran barco en los tiempos en que se fundó esta nación. Es despampanante, con su cabello rubio y sus rasgos delicados, complemento perfecto a su aspecto dorado. Su vestido está a la última moda, sus joyas, por supuesto, no son de imitación, sus labios forman una hermosa sonrisa.

¿Quién podría culparla por sonreír?

Me uno al resto de la sala para alzar mi copa de champán y brindar por la feliz pareja, mientras el padre de la futura novia anuncia el compromiso de su hija con un tal Nicholas Randolph Preston III. No solo es un Preston; es *el* Preston. El senador de los Estados Unidos sobre el que se rumorea que aspira a llegar algún día a la Casa Blanca.

Nuestras miradas se cruzan a través del salón de baile.

¿Cómo no he podido verlo a un kilómetro de distancia? Al final, la vida siempre es una cuestión de llegar en el momento oportuno.

Es la Nochevieja de 1958 y tu mundo son fiestas y excursiones para ir de compras; es Año Nuevo de 1959 y todo son soldados, pistolas y muerte.

Conoces a un hombre en un balcón y, por un momento, te olvidas de ti misma, solo para volver a recordar lo voluble que puede ser el destino.

Vacío la copa de champán de un trago muy poco femenino.

Y entonces lo veo a él, el motivo por el que he acudido a esta fiesta, y ya nada más importa.

Al contrario que Nicholas Preston, el hombre es bajo y rechoncho, está perdiendo pelo en la coronilla y su nariz encajaría mejor en una cara más grande. Lleva el esmoquin como si lo estuviera estrangulando. He estado investigando y he descubierto que lo invitan a estas fiestas por un motivo: su mujer es la preferida del circuito de galas benéficas, su

apellido de soltera se pronuncia con reverencia por toda la sala. Él está claro que prefiere el confort de las sombras, cada centímetro de su piel confirma los datos que me han pasado. Es un hombre al que no le asusta remangarse la camisa y ensuciarse las manos, que disfruta moviendo a líderes mundiales como si fueran piezas de un tablero de ajedrez.

Su apellido es Dwyer y es el hombre de la CIA en América Latina.

Antes, cuando Nicholas Randolph Preston III, el senador de los Estados Unidos y futuro esposo, me preguntó por la libertad, mentí. Sí que la disfruté, por un momento.

Y lucharé con todo lo que tengo para asegurarme de que nunca jamás me la vuelven a arrebatar.

Por muy hermoso que sea bailar con príncipes a la luz de la luna, he venido aquí con un asunto mucho más importante entre manos. He venido para conocer al hombre que va a ayudarme a vengar la muerte de mi hermano Alejandro y que marcará mi futuro.